

Bruselas, jueves 19 de abril de 1979

Estimado amigo Miguel Delibes:

Perdona que te escriba a máquina. La verdad es que yo todo lo escribo a mano pero algunos de mis conocidos se me quejan de que no entienden mi grafía. Ya sabes que me gano la vida como intérprete de conferencias, o sea, traductor inmediato y sobre la marcha, lo que supone que estoy siempre viajando. Al regresar ayer a Bruselas me encontré un cartoncito de correos anunciando dos objetos certificados. Fui a la oficina y descubrí que uno de esos envíos era tu libro que has tenido la amabilidad de mandarme. Y dedicarme. Tu gesto me impresionó mucho y durante un rato todo se me volvía pensar con emoción en la cosa. Pensé escribirte inmediatamente mientras estaba bajo los efectos de la conmoción pero empecé a leer el libro y ya no pude parar hasta terminarlo. Lo leí de un tirón y debo decir, sin intención de darte un jabón que no te hace falta, que me causó una profunda impresión. Me parece un relato muy eficaz, escueto, al grano y en el que el mensaje queda entre líneas. Es un libro de una gran belleza. Debo confesar que me puse muy serio al terminar la lectura. La obra literaria, en mi modesta opinión, es ambigua en el sentido de que cada lector puede ver en ella una cosa distinta. Yo he tenido ya esta experiencia. Los lectores de mi relato La libertad, que me han hablado o escrito, me han dado interpretaciones muy divergentes. Yo mismo he dado interpretaciones distintas de esa obrilla en épocas distintas. Que en la historia del señor Cayo se contrapongan dos "culturas"--como se explica en la solapa--pues sí. Pero a mí ese relato me ha afectado de otra manera. Para mi sentir espontáneo es un relato sobre la autenticidad y el que Víctor lo perciba, al final, como dos culturas no hace sino revelar aún más la inautenticidad en la que vive aunque tenga el mérito de percibir que el señor Cayo les da sopas con honda a todos ellos. Yo lo sentí como el problema de la autenticidad y de la inautenticidad. Pero sentí más. Sentí claramente que tu obra es un canto muy bello a la muerte, pero no en un sentido negativo sino positivo. Es la muerte como el fundamento de la seriedad, de la gravedad. En un mundo en que al hombre le han quitado a Dios y le han quitado el Alma que era el órgano del amor, ¿qué le queda al hombre sino la muerte si quiere hacer pie en el subsuelo en el que arraiga la seriedad? Algunos dirán que contra la inautenticidad tú levantas la tierra y a un hombre de la tierra. Pero la tierra es el silencio, es la negación de las "palabras, palabras" y en cuanto tal yo la siento en tu obra como la imagen y metáfora de la Muerte. Porque la muerte es el silencio de la tierra. Ese pueblo muerto en el que vive el señor Cayo es una caja de muertos en la que vive con su silenciosa mujer, esa Ella sin nombre que vive en el más allá de las palabras. Así es como yo lo sentí y por eso me puse tan serio. Y ésta no fue una impresión que tuviera después de terminar la lectura sino ya según iba leyendo, en cuanto el trío sale del mundo inauténtico de la política y entran en contacto con lo fundamental de la existencia presentado o intuído en la tierra. Nada más llegar a la tierra, el espíritu del libro cambia por completo y al desdén sucede un fuerte sentimiento religioso que se transparenta al través del escueto y aparentemente "objetivo", "realista" de las descripciones. No es un realismo, en mi opinión, sino un "transrealismo". Hay algo en esas páginas que no se dice en el texto pero que, sin embargo, embarga fuertemente el texto de tal manera que, a mí al menos, me ha sido imposible no sentirlo inmediata y vigorosamente. Nunca había sentido que la Muerte pudiese vivirse de una manera tan bella. No la Muerte en cuanto la desaparición banal sino en cuanto el fundamento de la existencia. No quiero insistir para no darte la lata. Esa fue la impresión dominante. Tuve otras impresiones también, todas ellas vibrando en torno a ésta. De repente vi toda mi vida de exilado, mis zigzagueos. Es cierto que yo he buscado la autenticidad pero dudo que la haya encontrado. Lo único que he evitado es el tener que vivir a diario la inautenticidad porque ésta sólo se puede sentir en el país natal. Los países extranjeros no existen, en realidad. Son un mero telón de fondo de la soledad introspectiva. Gracias por el libro y la dedicat^oria. Un abrazo

MD

L. Mariano

